

Capítulo I

Miércoles 28 de marzo, 22:20 hrs. Air France, vuelo 435, aeropuerto de México, D.F. Destino: París.

Me sorprende la cantidad de gente que viaja en un Boeing 747. Si me propusiera preguntar a cada pasajero su nombre, tardaría buena parte de las diez horas de vuelo. Veo muchos rostros y todos son mundos por investigar. Esta sociedad de viajeros está preocupada por dormir un rato.

Afortunadamente, a mi izquierda se sienta una mujer francesa que no habla. A mi derecha, junto a la ventanilla, está mi hija Nicole, muy emocionada por nuestro viaje. Yo estoy igual de entusiasmada que ella.

Nicole lee una revista y yo leo el final de *Mircea*. *Una historia de amor*. Maitreyi Devi, la autora, confronta al hombre que amó en su adolescencia y con quien se encontró cuarenta años después de su separación. Yo empiezo a introducirme en un torbellino similar, a treinta años de distancia.

Vivir fuera del tiempo, recordar un amor pasado y proyectarlo a un futuro imaginario, sólo se vive cuando la pasión te impulsa a recobrar lo que pudo haber sido.

En la lectura me he identificado con el amor y el dolor de Maitreyi. Su tormento es mi propia historia. Al enterarme de que el dolor que sufre Mircea, su antiguo amante, es correspondido en sufrimiento por Maitreyi, siento consuelo. Mircea dice: “¡Cuán incapaces somos de expresar en el momento la esencia de una gran alegría o de un gran dolor! He llegado a creer que, por eso, sólo la memoria, únicamente a la distancia, puede darles vida” (*Maitreyi. La noche bengalí*, página 169).

Cierro el libro. Voy al baño para desentumir las piernas y moverme un rato. Me lavo la cara. Me seco. Me miro en el espejo. Te digo que el amor destinado a la separación absoluta por el ritmo de la vida es la muerte. Si pudiera unir tus cenizas arrojadas al mar hace ya demasiado tiempo y rehiciera tu silueta, acariciaría tu humanidad y te haría saber cuánto te extraño, el hueco inmenso que acompaña tu ausencia. Te haría saber que los condicionamientos sociales dieron lugar a una relación de fuerza casi incomprensible, casi perfecta, un poema: un haiku infinito en su brevedad. Ahora, nuestras conversaciones serían de una riqueza desmesurada, acompañadas de sabiduría por tu parte, de nuestra pasión y de nuestra misma perspectiva de la vida. Mientras descubro nuevas arrugas en mi rostro, se me ocurre que te preguntaría entonces, sin rodeos: “Querido, ¿qué piensas de la existencia?” Y sé que sonreirías con dulzura y me dirías con el acento chileno que nunca perdiste: “Ah, la existencia, mi amor, es una verdadera chinga, pero vale la pena... quiero creer”. Y enseguida me nombrarías las cosas buenas de la vida sin darme mayores explicaciones: los hijos, follar con la mujer que amas, leer, escribir, fumar, expresarte, escuchar, ganar dinero, comprender,

dar estocadas, imaginar, reírte de ti, de los demás, criticar, apreciar, ser criticado, joderte, joder a quien lo merece, comer y beber rico, dialogar con los amigos y también con los enemigos, escuchar música (la que te gusta y también aquella que no te gusta, para que la que te gusta te guste más), caminar, ver el mar, conocer el dolor ajeno, bromear con el propio, agradecer, refunfuñar, trabajar, ser buen torero, investigar, descifrar, ver buen cine, jugar, y sobre todo, querida, amar.

Regreso a mi asiento llena de nostalgia porque te encuentro en todos lados y no te tengo.

Nicole se ha quedado profundamente dormida, con la revista sobre las piernas. Tomo el libro *Maitreyi. La noche bengalí*, escrito por Mircea Eliade. En la contraportada dice: "...mantienen una relación ardiente e imposible, prohibida y sublime, trágica e inmortal como la que sólo puede existir entre los verdaderos amantes: Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Radha y Krishna, Rama y Sita, Orfeo y Eurídice..." Agrego de buena gana: él y Edna.

Trato de pensar en las expectativas del viaje y me doy cuenta de que no tengo ninguna, excepto disfrutar España con mi hija. En relación con mis escritos, voy en plan detectivesco y me siento muy cómoda careciendo de ideas fijas. Lo que suceda será una sorpresa, producto del azar, como lo fue el hecho de encontrar el nombre del mejor amigo de mi antiguo compañero, fortuitamente, la madrugada del 28 de diciembre de 2006, mientras investigaba si el escritor de Mallorca en cuya casa había vivido años atrás era Robert Graves. Me metí al buscador de Internet para ver fotos, siguiendo el

consejo de un maestro, y apareció entonces ese nombre seguido de un número telefónico.

Algunas fotos coincidían con el paisaje que veía desde Son Rullan, pero definitivamente la casa no era la misma. Aquélla había sido un convento en el siglo XII; otra dimensión, otra arquitectura, otra atmósfera.

Según me enteré, la casa de Graves fue inaugurada como museo por la actriz Catherine Z. Jones y su marido Michael Douglas. Cuando vi la actuación de Catherine en la película *La máscara del Zorro* me identifiqué con su personaje, ya que desde pequeña me encanta leer sobre héroes de ese tipo: *Los tres mosqueteros*, *Los Pardaillán*, etcétera. Me inventaba historias de amor en las cuales era yo, obviamente, la protagonista principal. ¿Como ahora?

Me gustaría sentir que por medio de mi mano escribes. Invisible, tomas mi mano y juntos, en un mismo impulso, con pluma de ganso y tintero, escribimos. Nos ponemos a escribir a falta de abrazarnos, escucharnos, besarnos, hacer el amor, y así vamos construyendo un castillo, un telar que gracias a urdimbres varias dé sustento a nuestro deambular durante los días que nos quedan en esta nueva vida en común, diferente.

En nuestro castillo tú eres mi caballero medieval y yo soy tu prometida. Podremos cambiar papeles a voluntad: tú eres el caballero, yo soy la doncella; tú el caballo, yo la dama que lo monta; tú mi espada, yo la funda; tú el gallo, yo el agua de la fuente. Se trata de crear un entorno divertido en el que tendremos que reconocernos en personajes, objetos, conceptos y sentimientos. Por ejemplo: tú lo prohibido, yo lo imposi-

ble; tú la justicia, yo la malicia; tú el atrevimiento, yo la coquetería. Así, perseguirnos e inventar otras historias enlazadas: tú la melancolía, yo la furia; tú la inocencia, yo el miedo; tú lo etéreo, yo lo concreto. Podríamos ser planetas o estrellas, gusanos o caracoles, colores o gotas de lluvia. Que la pluma dicte lo que quiera, cualquier pretexto será bueno para mantenernos en contacto creativo y amoroso. Algo así me gustaría que sucediera.

La aeromoza reparte audífonos para escuchar música o los diálogos de las películas que exhibirán durante el vuelo. Curioseo en el menú y el corazón me da un vuelco. No pueden sucederse tantas coincidencias en tan corto tiempo. No quiero desconcentrarme de mis actuales recuerdos. No veré la película. No hay lugar en mi sentir, ahora, para el saxofonista.

Me pregunto cómo hacías durante los viajes trasatlánticos para no fumar en el avión. ¿O viajabas en barco?

Empiezo a sentir la ansiedad del vicio estúpido y dañino, la necesidad de meterme humo en los pulmones, como un recurso para evocar o simplemente para acompañar el paso del tiempo. Regreso a nuestro castillo. Te busco y tú tendrás que adivinar quién soy, en qué me he convertido. Entro por la ventana de la torre más alta, que aun cerrada me permite el paso. Constato que no hay doncellas encarceladas. Bajo con rapidez la escalinata que me llevará a la amplia terraza del castillo. Aminoro la marcha, ya que puedes estar escondido en cualquier recoveco o permanecer de alguna manera evidente. ¿Serás una piedra? Necesito ser cautelosa para descubrirte en tu disfraz. Luego reviso mansamente cada alcoba, cada candil, cada vela, cada cortina, cada

mueble, cada milímetro cuadrado del espacio. Miro el techo, las paredes, el piso. Podrías ser un mosco, una arañita, un grano de polvo. Nada. Exploro los ventanales, los marcos de fierro, las manijas de cada puerta y cada ventana. Entro en los baños. No encuentro rastro, no hallo pista alguna. Sigo bajando las innumerables escaleras, reviso cada ángulo, llego a la planta baja, repaso los tapices de las salas y las patas de las sillas. Examino la parte superior y la parte inferior de las mesas, los cuadros magníficos. Percibo un extraño olor a humedad. Me guío por el olfato, que me lleva a la cocina, deshabitada a estas horas. No hay fuego, todo está limpio, la alacena ordenada. No te siento en las verduras ni en las frutas ni en los granos ni en las ollas ni en las llaves que cuelgan, y sin embargo persiste ese olor húmedo. Sigo hurgando en la cava: no eres vino, ni barril, ni jarra, ni cubierto de ningún tipo. Llevo horas buscándote. No puedes ser persona. El castillo está abandonado. Sus habitantes se han ido a la hacienda veraniega. Estoy a punto de salir a buscarte. Me detengo. Quiero aclarar mis ideas y agotar las posibilidades de encontrarte. Agudizo mis sentidos y, en ese preciso instante, te descubro en la frescura que me alimenta: eres la gota de agua que acaba de infiltrarse por el techo de la cocina. ¿Me has descubierto?

La aeromoza se acerca con la cena: una charolita *TV dinner* como siempre: pechuga de pollo seca con una salsa estilo engrudo *gravy*, verduras recocidas, etcétera. Prefiero comer sólo cacahuates. Añoro aquella salsa de cacahuete que un día improvisé sobre el lomo de un costillar de ternera en el cumpleaños de mi mamá. Las

papitas cambray fritas en mantequilla y la albahaca fresca encantaron a los invitados.

Mis primeras incursiones en la cocina fueron a los cinco o seis años, cuando acompañaba a mi nana Carmen, quien ayudaba a la cocinera en los preparativos de la cena. Yo, sentadita en un rincón, observaba las frutas, las lechugas, el apio limpio, las zanahorias, la olla de los frijoles que hervía con mucha cebolla. Veía cómo picaban las verduras, cómo amasaban la harina con huevo y mantequilla para hacer galletas. Los diversos olores me invadían, mientras la nana Carmen y la cocinera platicaban y contaban historias de sus respectivos pueblos. Así aprendí cómo hacer guisados. Aprendí a calentar las tortillas en el comal. Aprendí a hacer salsa picante en el molcajete y a servirles la cena a mis hermanos: invariablemente, quesadillas con salsa verde. Más grandecita, hacía sus pasteles favoritos de cumpleaños. Para Daniel, pastel de chocolate Diana, y para Andrés, pastel de soletas y mango. Recalentaba la cena de mi padre como pretexto para escuchar las anécdotas de su jornada de trabajo o aquéllas de años ya pasados: su servicio social como médico en la sierra de Chihuahua, los años en Baltimore haciendo la especialidad en cirugía, su labor social en distintos hospitales. La cocina era un remanso de paz en esa casa llena de electrificación histórica.

Llegué a creer que una manera de darle gracias a la vida consistía en dar placer a mis semejantes mediante la comida, ese gusto que durante tantos años me negué a proporcionarme y que en cambio forjaba el arma de mi muerte.

Pido otra bolsita de cacahuates a la aeromoza. Nicole está profundamente dormida y la revista yace

en el piso. La levanto y, mientras como cacahuates, me entretengo con la fotografía de una novia y su sensual vestido. Entonces recuerdo mi pasión por ser chef y los años en que me dediqué a servir banquetes.

Veo mi charola intacta y saboreo virtualmente el salpicón de cangrejo con cilantro y chilito sobre las tostadas, esas que les gustan de botana a mis amigos cuando los invito a cenar a casa. Degusto también el tradicional ceviche de pez sierra con el que gané un concurso en casa de Juan Luis. Su amigo, el diputado, premió mi ceviche componiéndole un corrido.

Decido abrir el libro *Maitreyi* al azar. En la página 177 leo: “Me pasaba el día contemplando este mismo sueño fantástico que a ambos, a Maitreyi y a mí, nos aislaba del resto de la gente. Hechos olvidados hacía mucho volvían a cobrar su lozanía y mi imaginación los completaba, los ahondaba y los ligaba entre sí. Detalles que antes no había tomado en consideración cambiaban ahora el campo de mi visión interior.”

Me maravilla y emociona la lectura, la similitud de sentimientos entre seres enamorados. El mismo sufrimiento al mantenerse separados, la ansiedad que atormenta el alma, la necesidad física de la cercanía, del contacto, de un beso, del te amo. La pasión truncada me provoca un vacío.

Tomo el vaso de vino, doy un sorbo, paladeo. Es lo único bueno que ofrecen aquí. Considero que la aerolínea francesa debería consentir a los viajeros con unos patés de entrada, una buena sopa de cebolla y un turnedó al vino tinto. Ni modo, nada de eso.

Anuncian masas de aire; me abrocho el cinturón y al intentar abrochárselo a Nicole ella despierta asusta-

da. No pasa nada. Le acaricio la cabecita hasta que vuelve a quedarse dormida. En ese momento acepto que me da pánico volar a cientos de metros de altura dentro de un armatoste que pesa toneladas. Para tranquilizar mi angustia decido retomar la lectura del libro escrito por Maitreyi y terminarlo.

“Es como si no pudiera realizar lo que debiera realizar, como si no pudiera decir lo que quisiera, como si no pudiera obtener aquello a lo que aspiro. Este deseo no formulado sigue igual de elusivo e insaciable: definitivamente no es un estado normal. Trae consigo un soplo de desesperanza desde no se sabe dónde; sin embargo soy así” (*Mircea*, página 197).

Comparto con Maitreyi conceptos como libertad, felicidad, Dios, destino, pasado, presente, futuro, aunque ella proviene de una cultura muy distinta, la hindú. Sigo leyendo. *Mircea* se niega a darse vuelta y enfrentar el rostro de ella. Maitreyi le dice: “*Mircea*, estoy aquí en tu despacho, un ser humano de carne y hueso, no un símbolo ni un mito, ¿no significa nada para ti?” (página 269).

Esas palabras se transforman en lágrimas. Terminé siendo musa para un escritor. Maitreyi y *Mircea* dialogaron sobre sus respectivos libros. Nosotros no. Nosotros, palabra ahora tan lejana. Voy hacia Barcelona para recuperarla. Voy hacia Barcelona al encuentro de mi fantasma. Voy hacia Barcelona para encontrarme.

Han pasado siete horas. Me entretengo repasando mentalmente los sucesos acontecidos desde enero de 2006 en la librería *El Péndulo*, de Polanco, y las primeras cartas que le escribí a mi querido compañero de entonces. Saco la libreta donde me he dedicado a escribirlas. Releo:

17 de enero.

Querido:

Sé que estás muy enojado conmigo. Desaparecer de tu existencia tantos años (alrededor de veinticinco en vida tuya y dos y medio después de tu muerte) no es cualquier cosa. Te ofrezco disculpas. Desde hace varios días lloro tu ausencia y, sobre todo, estoy nostálgica por no compartir contigo el dolor de no tenerte.

Después de veintisiete años volví a ver tu imagen en la portada de un libro editado en España, dedicado a ti y a tu obra. Vi tus ojos. Me sentí observada con esa dulzura tan tuya que a veces denotaba algo de tristeza. Ahora recuerdo que tus ojos también sonreían. A veces tu rostro entero sonreía con expresión comprensiva. Al ver esa fotografía el corazón se me fue al piso.

Ahora, aquí en mi cuarto, en la casa de Cuajimalpa, me veo amada en tus pupilas.

Creo que debes estar más que enojado conmigo porque nunca hasta ahora había leído nada tuyo y supongo que estarás resentido porque en vida nunca te aplaudí. Ahora te aplaudo.

Bueno, ¿qué quieres? Estaba yo muy ocupada en ser mamá y en mi divorcio y en uno que otro lío emocional. Simplemente, no sé por qué nunca se me ocurrió leerte. Ahora estoy leyendo una de tus novelas. En ella describes con exactitud aquella época en que viviste en México, los personajes que formaban parte de tu historia y la atmósfera que los envolvía. En relación con el capítulo en el que narras nuestra historia, me has empapado con una lluvia de recuerdos: desde nuestro primer encuentro en la galería de arte donde hacia 1976 yo trabajaba por las tardes, hasta nuestras conversacio-

nes de café en Barcelona, con la culminación de nuestra vida en común en 1979 y el abandono. Leo entre líneas tu dulzura y aflora en mí un fuerte sentimiento de frustración.

Leo: “Arturo añadió que tampoco se había acostado con alguien a quien quisiera tanto. No le creí. Le dije que seguramente con Santa Teresa se lo pasaba mejor. Dijo que sí, que sexualmente se lo pasaba mejor, pero que a mí me quería más. (...) Le hice prometer que no abriríamos la puerta si venía alguno de sus amigos (...) Respondió que él estaba dispuesto a no ver nunca más a nadie, sólo a mí” (*Los detectives salvajes*, página 409).

Créeme, siento mucho que estés muerto y me duele en lo más íntimo de mi ser. Ahora que te saqué del cajón más oscuro del olvido, no puedo dejar de llorar al pensar que sólo quisiera estar y platicar contigo, con nadie más.

Aquellos meses maravillosos en Barcelona fuimos una atracción mística y volátil, fuimos un deseo que nunca cuajó, un deseo que a pesar de las circunstancias tan adversas nos formó. Fuimos dos jóvenes que intentamos encarnar la libertad de amar. Fuimos el deseo de dos seres abstraídos del mundo, menos de nosotros mismos; tú el poeta, yo la musa.

Recuerdo tu locura de cigarros, tés, cañas, pláticas que terminaban en la madrugada y nosotros fatigados, llenos de sueño e ilusiones, vivíamos y revivíamos nuestra *Rayuela* en carne propia.

No puedo entender por qué en vida tuya nunca nos volvimos a contactar y sólo puedo atribuir esto al destino (no quiero entrar contigo en discusiones filosóficas, ni decir que fue cosa de Dios). De cualquier

manera, sea destino para ti y Dios para mí, agradezco evocar a mi antiguo amante.

Me pregunto cómo se le dice a un muerto que se le quiere. Pues te lo digo así de fácil: te quiero. Siento que el duelo sea *off-time*.

Por otro lado, estoy orgullosa de ti, porque lograste aquello que quisiste; nunca pensé que lo lograrías, no por dudar de tu talento —lo admiré, y eso tú lo sabías—, sino por incrédula (tenía escasos veintiún años, tú veintiséis).

Leí el libro que te dedican como homenaje y que nunca leerás. Estoy muy tranquila al saber que después de todo nunca dejaste de ser el mismo: cínico, crítico, auténtico, burlón, atrevido, egocéntrico, brillante, audaz, deliciosamente engreído y risueño.

Recuerdo muy bien cómo me hacías reír y enojar a cada rato. A veces te disfrutaba y a veces te sufría, con la certeza de que estabas profundamente enamorado de mí.

Leerme en tus libros no me está resultando nada fácil. Debería ponerle una mica o plástico o algo así a cada hoja, quedan húmedas de tantas lágrimas, casi todas de dolor por esa ternura que te provoqué y de la cual me entero a destiempo. A veces, las menos, derramo lágrimas de rabia porque inventaste lo que no me sucedió. Pero no estoy enojada contigo. Cuando hablas de mí me conmuevo.

Querido, por esta noche te dejo, tengo que levantarme temprano para vivir mis roles de mamá, empresaria y otras cosas que intento ser, novedosas para ti porque también son nuevas para mí.

Te pido que seas discreto con mi actual compañía,

no me pegues sustos; no quiero parecerle una loca a mi hija ni a la gente que me rodea. Sigamos viviendo juntos como lo hemos hecho estos días. Me fascina mirarte, ligeramente, en inclinación de 45 grados, a la altura de mis ojos. Tus ojos sonriéndome. Sé lo que ocultan y dan a entender. Recuerdo tu voz. Era como un soplo que brotaba desde el fondo de tu alma y decía lo que tenías que decir. Ahora tu sonrisa enigmática me transporta a la calle de Tallers, a nuestra mesa.

La mesa en Gerona, ¿sería la misma que teníamos en Barcelona? La nuestra era pequeña, rectangular, sin barniz, maltratada por el uso, opaca, simple, pero muy apreciada.

Tengo a mi lado uno de tus libros de poemas. Leo: “(...) La cocina era la cocina y la mesa era sólo la mesa. Algún día intentaré explicarlo, pero si entonces, a los dos días de haber regresado, ponía las manos o los codos sobre la mesa, experimentaba un dolor agudo, como si estuviera *mordiendo* algo irreparable” (*Tres*, páginas 48 y 49).

¿Mi ausencia?

Cuando vivimos juntos, la mesa no era sólo la mesa. La mesa era también el escritorio. La mesa era nuestro punto de encuentro. En la mesa, sentados uno frente a otro, leíamos y escribíamos cada quien su asunto, disfrutando la mutua compañía. La mesa afianzaba nuestra relación más que la cama misma. Era nuestro lugar sagrado. Unía nuestras almas más allá de todo límite. La casa entera giraba alrededor de esa mágica mesa. Los muebles y los objetos eran cómplices de nuestros sueños y fantasías porque ahí tú y yo vivíamos el amor.

Mañana te enseño mi oficina, el trayecto te va a encantar. Mientras el chofer nos lleva en la camioneta hacia allá, me pongo un audífono y tú el otro. Nos deleitamos con Chopin o con la música que quieras escuchar. De tus gustos musicales no sé nada. Cuando vivimos juntos nunca tuvimos dinero para un radio, ¿te acuerdas?

Bueno, querido, voy a dormir, me gusta saber que aun dormida tú estás ahí. Te beso. Es una lástima que no podamos hacer el amor, con todo este sentir, aunado a más de veinte años de ausencia. Sería sensacional.

La aeromoza me saca de la lectura epistolar. Nuevamente, la bandeja del desayuno. Estoy perdida en el tiempo. En el D.F. son las cinco de la madrugada; en Europa, las doce del día. No quiero levantar la cortinilla, pues Nicole aún duerme plácidamente. No vale la pena despertarla por la raquítica e inapetente ración de alimento: huevos revueltos con una salchicha desagradable a la vista. Air France podría servir un omelette a los tres quesos y hierbas finas, acompañado de papa al horno. En fin, rechazo la bandeja y me vuelvo a hundir en mis recuerdos culinarios.

Un día recibí la propuesta de trabajar en una casa de banquetes. Mi “socia” se jactaba de haber estudiado en Nueva York. Pasamos tres años maravillosos jugando a la comidita y ofreciendo banquetes a domicilio. Aprendimos a hacer miles de maravillas: pollos rellenos con morillas y salsas con queso de cabra, terrines, pipián, soufflés, postres sofisticados de tres chocolates, panes, tartas, salmones, filetes Wellington rellenos de huitlacoche. Compramos vajillas, cubiertos, copas, catamos infinidad de vinos. Conocí el punto exacto del

caramelo sin la necesidad ni la necesidad del termómetro, sino al pulso de mi sentido común. Siempre aplaudidas, ofrecimos cocteles, cenas, comidas, desayunos. Cuando nos faltaba recoger la última cucharita de la última taza del último comensal que no terminaba su último sorbo de café, no sabíamos si amábamos nuestro quehacer o si éste era la peor pesadilla con la que nos habíamos comprometido.

Abro la ventanilla con todo cuidado para no perturbar a Nicole. Está oscuro. Es noche cerrada. Pronto llegará el amanecer. En la espera, leo otra carta.

9 de febrero de 2006.

Querido mío:

He leído varios poemas tuyos. Aunque nunca me los dedicaste, sé que fueron inspirados por mí. En algunos aparecen mi nombre y apellido. Me gusta, en especial, “Musa”, aunque no entiendo lo terrible que puedan ser mis ojos. Me siento muy halagada por haber provocado esa creatividad en ti. Ahora estoy nostálgica. Quizá nunca entendiste por qué desaparecí un día. Ahora sé que no podía aceptar tu amor y tu dulzura. Ahora sé por qué me fui a Roma. Tenía miedo de perder una vez más la ilusión del amor, lo único que aún me quedaba.

Estoy triste porque, como bien escribiste en otro de tus libros, tú no eras culpable. Apareciste en el momento menos indicado. Te admiré con asombro, deslumbrada por tu brillantez, azorada por la luz que emanaba de tus ojos tristes y la dulzura desproporcionada que habitaba en la figura de un mosquetero casi muerto de hambre. Me fascinabas.

Me quedé dormida cerca de dos horas. ¡Qué bien se siente descansar un poco! Saco mi libreta, estoy sorprendida con mi sueño. Me percaté de que la francesa que está sentada a mi lado y no habla me observa con detenimiento, reclinada diagonalmente en su asiento. La miro, haciéndole saber que me sé observada mientras le sonrío. Me devuelve la sonrisa y cierra los ojos. No me gusta ser espiada en mi intimidad. Espero que se duerma. Ansío escribir.

Soñé con mi cumpleaños. Aquel 5 de abril de 1979, cuando amanecí en Tallers como todos los días; la diferencia era que él no estaba a mi lado como otras veces. Cosa extraña, pues eran las nueve de la mañana y generalmente se quedaba en la cama dormitando hasta cerca del mediodía, ya que volvía a las seis de la mañana de trabajar en el camping y descansaba por lo menos seis horas diarias. Lo busqué con los ojos a lo largo de nuestra habitación; juraba que estaría escribiendo o leyendo. Nada. Me incorporé para ver si estaba en la cocina. Tampoco. No tenía caso llamarlo en voz alta, estaba sola. Cumplía yo veintiún años, la mayoría de edad en aquella época. Me había imaginado despertar entre sus brazos y hacer el amor todo el día. Permanecí un rato reflexionando. Me levanté. Busqué alguna nota posible (de momento pensé que algo podía haberle sucedido). No vi nada. Me bañé. Estaba por vestirme cuando llegó él con paquetes de papel estraza que dejó sobre la mesa-escritorio. Me desenvolvió de la toalla y me dio la bienvenida a la mayoría de edad, tal y como debe ser, diciéndome cosas lindas y divertidas al oído.

Luego de unas horas, comencé a abrir los regalos.